

La confianza en los representantes como soporte de la representación: el caso Martín Sabbatella*

HILARIO MORENO

UBA/ UNSAM/ Municipio de Morón

hmorenodelcampo@hotmail.com

Este trabajo intenta explicar el triunfo de Martín Sabbatella en las elecciones a intendente de Morón en el año 2003 a la luz de un conjunto de hipótesis vinculadas al estudio de la representación política. Específicamente, la constatación de los cambios en los modelos organizativos de los partidos, en el mundo del trabajo y en la comunicación política, hace necesario abandonar la concepción de la representación política como homología estructural entre sujetos políticos y sujetos sociales a fin de comprender mejor la centralidad que adquieren la personalización de la política y la confianza ciudadana en los representantes. Bajo esta óptica, se analizan empíricamente las razones de aprobación de su gestión de gobierno, los motivos que soportaron su intención de voto y, finalmente, el fenómeno de corte de boleta masivo o, más precisamente, las consecuencias de las elecciones simultáneas para distintos niveles de gobierno en el orden local. El caso de Sabbatella podría mostrar que liderazgos anclados en la confianza ciudadana pueden jugar un papel importante en la (re)construcción de los partidos y, más genéricamente, en el fortalecimiento de la actividad política como mecanismo de procesamiento colectivo y democrático de las decisiones en común de una sociedad.

El 14 de septiembre de 2003 ocurrió en el partido de Morón un hecho inédito en la historia electoral de ese distrito y poco usual en el conurbano bonaerense: un partido político local llamado “Nuevo Morón” con menos

* Este trabajo es una versión corregida del presentado al concurso de Jóvenes Investigadores. El autor agradece por la lectura y evaluación del trabajo, organización del concurso, opiniones, sugerencias, correcciones y, principalmente, por el aporte desinteresado del premio, a Fabián Echegaray, Carlos Gervasoni, Javier Zelaznik, Raúl Jorrat, Helena Rovner, Arturo Fernández, Juan Manuel Abal Medina, Gerardo Adrogué y Ariel Armony.

de un año de antigüedad y que sólo presentó candidatos para los cargos locales, ganó las elecciones obteniendo el 53 por ciento de los votos, más de 30 puntos de diferencia respecto del segundo, el Partido Justicialista. Para votarlo, casi el 38 por ciento del electorado cortó boleta y más del 15 por ciento sólo votó candidatos locales. Su mayor fortaleza fue el candidato a intendente, Martín Sabbatella, un joven de 33 años que se presentaba por la reelección como intendente y que había llegado hasta allí en 1999, cuando siendo casi un desconocido para la opinión pública local, arribó al ejecutivo integrando la boleta de la Alianza UCR-FREPASO.

Los municipios del conurbano bonaerense no se caracterizan por el triunfo de partidos locales ni por resultados electorales locales desacoplados de los nacionales y provinciales. Si repasamos éstos de 1983 a la fecha, se puede observar un monopolio del justicialismo en prácticamente todos los municipios del segundo y tercer cordón¹, mientras que el primer cordón siguió en general las tendencias electorales del resto de la provincia². En 2003 esta regla se volvió a cumplir: el triunfo de Felipe Solá en casi todo el conurbano fue acompañado por el triunfo justicialista en las elecciones municipales en 19 de los 25 municipios. Las seis que rompieron esta tendencia fueron las ya clásicas victorias de García en Vicente López, un miembro de la familia Posse en San Isidro, Ubieto en Tigre, el Frente Popular Bonaerense de Aldo Rico en San Miguel, y los no tan clásicos de Ricardo Ivoskus en San Martín (quien logró un ajustado triunfo de 4 puntos de diferencia sobre las dos listas justicialistas que se presentaron) y el caso que analizamos aquí, Martín Sabbatella en Morón.

¿Por qué ganó Sabbatella? ¿Qué motivos llevaron a la ciudadanía de Morón a reelegirlo como intendente por una diferencia tan abrumadora, aun cuando sólo contaba con el apoyo de un pequeño partido local creado menos de un año atrás y financiado con las cuotas de sus propios miembros? Y sobre todo, ¿qué nos dice este hecho respecto de los cambios producidos en la representación política, en los lazos entre líderes y electorado y en los modos de organización de los partidos y su papel en las democracias actuales? El presente trabajo

¹ Las excepciones son Moreno entre 1991 y 1995 y Tigre desde 1983. En ambos casos triunfaron partidos vecinalistas.

² San Isidro y Vicente López, donde gobierna la UCR desde el retorno a la democracia, son las excepciones.

tiene por fin responder estas preguntas, tratando de poner a prueba un conjunto de hipótesis que vinculan este fenómeno con la literatura dedicada al estudio de la representación política. Para ello comenzaremos con un breve repaso de algunos debates teóricos sobre la representación, abarcando los cambios en los modelos organizativos de los partidos, en el mundo del trabajo, en la comunicación política y en el modo de conceptualizar el problema de la representación una vez asumido el fin del modelo del partido de masas. En segundo lugar, analizaremos el caso del municipio de Morón bajo la gestión de Martín Sabbatella, contrastándolo con los conceptos planteados por los teóricos de la representación. Para ello nos centraremos, en primera instancia, en el análisis de las razones de aprobación de su gestión de gobierno, luego haremos lo propio con los motivos que dan cuenta de su intención de voto y, por último, intentaremos explicar por qué se produjo con Sabbatella el fenómeno, inusual, de corte de boleta masivo. Con ello se intentará demostrar que este triunfo es en realidad un caso, bastante atípico pero no por ello menos representativo, de nuevas formas de comportamiento electoral que se abrieron con la crisis del modelo del partido de masas, permitiendo la emergencia de liderazgos no anclados en estructuras partidarias fuertes ni en sujetos sociales clausurados.

El estudio de la representación política ha descuidado habitualmente un hecho tan simple como contundente: que la salud del lazo entre representantes y representados sobre el que se apoyan las modernas democracias liberales y representativas, supone algo tan simple y contundente como la confianza de los ciudadanos en los hombres y mujeres que ejercen el gobierno. Este trabajo tiene también la pretensión, ya más teórica que empírica, de introducir en el debate sobre la representación la importancia de la confianza en los liderazgos políticos como motores de cambios políticos, no necesariamente reñidos con la importancia de los partidos. En este sentido, creemos que el caso de Morón puede adquirir una especial relevancia en tanto permita comprobar que la confianza en un candidato, basada en valores y actitudes generados a partir de su gestión de gobierno, puede ser suficiente para superar el peso que las estructuras partidarias, la tradición de voto y las picardías de los sistemas electorales tienen a la hora de definir las elecciones locales.

El contexto: los cambios en la sociedad y en los partidos

Desde el retorno de nuestro país a la democracia, la relación entre los partidos políticos y su electorado se fue transformando sin prisa pero sin pausa. En 1983 se estructuraba en torno a un sistema claramente bipartidista. Las características organizativas de la Unión Cívica Radical y del Partido Justicialista y la competencia entre ambos permitían rotular a ambos como “partidos de masas”. Con el correr de los años y las elecciones, tanto la dinámica política como las características organizativas de los partidos fueron mutando, alejando cada vez más a nuestro sistema de un bipartidismo clásico y a éstos del modelo de partido de masas. Varios son los indicios que dan cuenta de estas mutaciones, algunos relacionados con el acontecer social y político específico de Argentina y otros con cambios generales producidos en distintas partes del mundo. Todos ellos confluyen en afirmar que tanto la relación política que establecen hoy los electores con sus partidos como los motivos del apoyo electoral hacia los segundos son diferentes de lo ocurrido en los albores del retorno a la democracia.

En *Modelos de partido*, Panebianco analiza el paso del partido burocrático de masas al partido profesional electoral y cita la crítica de Kirchheimer a la interpretación de Duverger sobre el “atraso” político de los partidos electorales norteamericanos en relación con los partidos de masas europeos. Kirchheimer afirmaba que en realidad el modelo que estaba en extinción era el partido de masas, en una “evolución organizativa que está transformando los partidos de *integración* (género al que pertenecían, tanto los partidos de clase como los confesionales) en agencias electorales cada vez más parecidas a los partidos estadounidenses” (Panebianco, 1990: 488). Esta transformación del partido de masas en “partido-escoba” no hace perder a los partidos sus vínculos con el “territorio de caza”, pero estos son ahora “más livianos, se diluyen; el partido simplemente se abre más que lo hacía antes a otros grupos sociales” (Panebianco, 1990: 489).

Dichos cambios importaban una serie de características nuevas en los partidos que incluían el giro en la orientación del partido de la búsqueda del electorado fiel a la búsqueda del electorado de opinión y el retroceso de la ideología y de los “creyentes de la organización” en favor de los problemas concretos y el liderazgo. Esta transformación no se

produce en el vacío, las sociedades en que los partidos se encuentran inmersos determinan buena parte de lo que ellos son. Panebianco identifica dos tipos de cambios en las sociedades occidentales. Por un lado, menciona aquello que la sociología estudia como sistemas de estratificación social, refiriéndose a las modificaciones producidas en el mundo del trabajo y en la cultura de los distintos grupos ocupacionales, “las transformaciones de la estructura social que la teoría sociológica intenta descifrar con acentos distintos y una gran variedad de etiquetas (sociedad compleja, sociedad postindustrial, sociedad tardío-capitalista, etc.) repercuten en los partidos, modifican las características de su territorio de caza y actúan sobre sus escenarios políticos. El electorado, por ejemplo, se hace social y culturalmente más heterogéneo y menos controlable por los partidos a través de la organización. Y ello crea una fuerte presión en favor del cambio organizativo” (Panebianco, 1990: 494-495). Por el otro, detecta una “reestructuración del campo de la comunicación política bajo el impacto de los mass-media y en particular de la televisión”. De este modo, el papel de “la televisión en la competencia política, comienza a desplegar sus poderosos efectos sobre la organización de los partidos. Cambian las técnicas de propaganda y ello genera un terremoto organizativo: los viejos roles burocráticos pierden terreno como instrumento de organización del consenso y nuevas figuras profesionales adquieren un peso creciente (...) los mass-media empujan a los partidos a desarrollar campañas *personalizadas*, centradas en los candidatos, e *issue-oriented*, es decir, centradas en temas específicos de alto contenido técnico que deben ser confeccionados por los expertos en los distintos campos” (Panebianco, 1990: 495-496). Panebianco concluye: “los cambios en la estructura social y en los sistemas de comunicación política, contribuyen a erosionar las subculturas políticas tradicionales *congeladas* durante largo tiempo, gracias a la fuerte implantación organizativa de los partidos burocráticos de masas (...). El electorado se hace más independiente del partido, la integración social *desde la cuna al féretro* es un fenómeno que ya sólo afecta, en todas partes, minorías en declive. Aumenta de este modo la *turbulencia*, la inestabilidad potencial del escenario electoral. Y éste es el principal desafío que obliga a los partidos a organizarse, a través de un proceso de mimetismo y de adaptación recíproca, según el modelo profesional-electoral” (Panebianco, 1990: 496-497).

Estos cambios sociales vinculados a la mudanza en los modelos organizativos de los partidos también son mencionados por otros autores. En primera instancia, la crisis del Estado de Bienestar generó una enorme cantidad de literatura referida a las transformaciones en el mundo del trabajo. Rosanvallon habla de la declinación de la sociedad aseguradora, explicando cómo el desempleo, de carácter permanente y no ya transitorio, pone en riesgo el concepto de seguridad social sobre el que se funda la solidaridad del Estado de providencia europeo (Rosanvallon, 1995). Por su parte, Robert Castel plantea que, a raíz de la crisis de la centralidad de la relación salarial dentro del trabajo, las empresas dejan de cumplir una función integradora y el desempleo no es más una burbuja que se reabsorba fácilmente sino que se vuelve un producto propio de la dinámica de la modernización (Castel, 1997). De este modo, la crisis del trabajo asalariado y el fenómeno del desempleo crónico, especialmente en los desocupados pobres y con mayor dificultad para reinsertarse laboralmente, no pueden dejar de tener consecuencias en la organización política de una sociedad. El modelo de partido de masas, estructurado a partir de la existencia de un proletariado social, cultural y políticamente homogéneo, deja su lugar a nuevas formas de organización mejor adaptadas a convivir con identidades políticas metonímicas.

En segunda instancia, los cambios en la comunicación y su impacto político también fueron reconocidos por varios autores. Umberto Eco fue uno de los primeros en advertirlos cuando en 1964 planteaba el debate entre apocalípticos e integrados en torno al impacto de la televisión en la cultura de masas (Eco, 1995). Habermas, pocos años después, analizaba los cambios que las nuevas tecnologías (no sólo la TV y los *mass-media*, sino también las encuestas de opinión) provocaban en la comunicación social y en los lazos entre ciudadanos y representantes, alertando sobre la capacidad de estas herramientas para dirigir la opinión por parte de las personalidades con notoriedad pública y cuestionando el carácter “público” de este tipo de opinión (Habermas, 1995). Touraine llegó a afirmar que los fundamentos mismos de la política representativa se hallan socavados y que hoy en día ningún grupo social, en la perspectiva del autor, busca ser portador de intereses generales y el Estado se halla disociado de la sociedad. Los procesos de “globalización” económica, pero también política y militar, provocan un desplazamiento del interior al exterior de los principales determinantes del nivel de vida de la pobla-

ción; el Estado se traslada, así, del centro a las fronteras de la Sociedad. De este modo, sitúa el origen de los problemas de la comunicación política en la crisis de representación, en la crisis del vínculo entre Estado y sociedad y de la política como representación. Y nos advierte sobre un peligro: “el desarrollo de una política en la cual los que ostentan el poder o, en mayor medida, medios de comunicación, tendrían capacidad de imponer ideas, sobre todo candidatos, así como se publicita cualquier producto de gran consumo (*sic*)” (Touraine, 1995).

El debate: distintas concepciones de representación política

A pesar de la diversidad de temáticas y perspectivas en los autores, existen puntos de conexión entre ellos. La transformación en el seno de la sociedad occidental, ya sea esta planteada desde la óptica de la organización política, del mundo del trabajo o de las tecnologías comunicativas y su impacto en el funcionamiento del sistema político, son reconocidos, de una u otra manera, por todos los autores. Este reconocimiento ha llevado a algunos, como es el caso de Touraine, a hablar de crisis de representación. Otros, sin embargo, parecen encontrar continuidades entre un sistema y otro, justamente, en torno al concepto de representación. Es necesario, entonces, profundizar y contrastar algunos enfoques alternativos.

En una discusión sobre la caracterización de los cambios en la representación política, Abal Medina analiza los distintos modos de entender el término “representación”. La define como un concepto “multívoco, por lo tanto, problemático y cambiante, irreducible a un solo significado” (Abal Medina, 1995). El partido político, al menos bajo el reinado de los partidos de masas, salda provisoriamente este problema, al lograr que los votantes “se enfrenten a elecciones entre paquetes históricamente dados de programas, compromisos, actitudes y visiones del mundo” (Abal Medina, 1995: 135). El exitoso funcionamiento de este sistema sólo es explicable cuando los intereses de representantes y representados coincidan en gran medida. Para explicar esta coincidencia, Abal Medina toma una idea de Bourdieu planteando una homología estructural entre dos juegos autónomos, el político y el social, “podemos imaginar que los dominantes y dominados en el juego social tienen sus representantes en

el juego político: de tal manera que “a” es a “b” lo que “A” es a “B” (homología estructural); entonces, si “a” avanza sobre “b” en el campo político esto significará un avance semejante de “A” sobre “B” en el juego social” (Abal Medina, 1995: 136). Esta metáfora supone dos condiciones: “los jugadores del juego político deben ser actores colectivos institucionalizados, o sea partidos políticos; y, en segundo lugar, la sociedad debe estar estructurada de manera tal que permita que los individuos que la forman puedan reconocerse como pertenecientes a una parte de esa sociedad, y, por consiguiente, verse/sentirse representados por un partido” (Abal Medina, 1995: 136).

Mientras la sociedad se encontró ordenada según la posición que los sujetos poseían en el mundo del trabajo y, por ende, en la estratificación social y la competencia política democrática fue dominada por los partidos de masas, el concepto de representación política no presentó mayores divergencias. Por el contrario, cuando la estructuración de la sociedad a partir de las relaciones laborales pareció desdibujarse y frente a la homogeneidad de las subculturas políticas irrumpió la heterogeneidad de mensajes, principios y valores dirigidos a todos los miembros del cuerpo social, la representación política empezó a ser un término cada vez más problemático. Esta crisis de paradigma se tornó traumática entre quienes adherían a la idea de representación política basada en la “homología estructural”, como el caso de Touraine. Abal Medina detalla las consecuencias que estos cambios provocan cuando se asume la representación como una relación de identidades sociales *vis a vis* partidos políticos: “si se acentúa la noción de representación como la característica definitoria de los regímenes políticos modernos, tendríamos sí que hablar hoy en términos de cambio de régimen, porque la representación político electoral (...) desprovista del contenido que le daban las relaciones homológicas, no mantiene más que una vaga analogía con la institución clásica del derecho privado romano de la representación legal, que no puede convencer a nadie de contener a la promesa vinculante. Hoy el procedimiento electoral no implica la noción de representación ni en su sentido más débil, es el procedimiento formalizado para la constitución de un órgano del Estado” (Abal Medina, 1995: 128).

Otros autores hicieron el intento de interpretar a la representación como algo distinto de una homología estructural entre un sujeto social colectivo y su expresión política. Entre ellos se pueden encontrar cier-

tas continuidades en el funcionamiento actual de la representación y aquella del apogeo de los partidos de masas. Uno de ellos, detractor de las consecuencias de pensar a la política como representación, es Eduardo Rinesi, quien sitúa el origen de esta metáfora en los comienzos de la modernidad cuando comienza a ser posible pensar un mundo de signos, de palabras, *separado* de otro natural, pre-simbólico, de las cosas. Si el lenguaje para el hombre premoderno era “natural”, estaba depositado en el mundo, entonces, el hombre no “nombraba” la naturaleza sino que la leía. “Thor, dice Borges, “no era el dios del trueno; era el trueno y era dios”” (Rinesi, 1994: 48). Al convertirse el lenguaje en un tejido de signos significativos en sí mismos, referidos unos a otros y perdiendo vinculación unívoca con las cosas que representan, pasa de ser la mera repetición del mundo y se transforma en una herramienta capaz de reordenarlo. Las palabras tienen ahora la capacidad de ser ficticias, arbitrarias, falsas y, sin embargo, verosímiles. Para Rinesi, es Maquiavelo quien descubre este poder de las palabras al enfrentar “de un modo novedoso el problema del conjunto de fantasías e ilusiones —de prejuicios— que los hombres elaboran, ocultándose a ellos mismos la verdadera índole de los hechos ante su incapacidad para aceptar la condición esencialmente móvil, fluida y fugaz del mundo de los fenómenos” (Rinesi, 1994: 52). De este modo, el autor plantea que el sentido que la modernidad atribuye a esta palabra es, por un lado, “el modo en el cual el espacio de la naturaleza, de la guerra (Hobbes), de la muerte (Freud) —de la Verdad— se inscribe el territorio —de él escindido, a él opuesto— de la convencionalidad, de la ficción —de la Falsedad—. Representación, entonces, digamos, como *enmascaramiento*” (Rinesi, 1994: 42) y, por el otro, de “la idea de representación como representación teatral, como *puesta en escena*. Como réplica, re-representación, *répétition* ante otros de un Texto que nos precede y que nos habla (...): La posibilidad de pensar la política (representación/enmascaramiento de la guerra) en términos de una metáfora teatral (representación/puesta en escena de un Libreto) se sitúa en la precisa intersección entre ambos sentidos de la palabra representación. Es decir: la metáfora teatral para pensar la política no consiste en otra cosa que imaginar la vida en común de los hombres como una gran puesta en escena de un Principio que esa misma práctica política tiene por función simular” (Rinesi, 1994: 42).

Más reconciliado con la idea de representación, Manin define este concepto de un modo similar. Para él, los cambios producidos en la relación entre sociedad y partidos políticos son más una crisis en la forma particular de gobierno representativo constituida por la competencia entre partidos de masas, antes que una crisis de la representación como tal. Luego de definir los cuatro principios que para él caracterizan al gobierno representativo³, describe el funcionamiento de cada uno de ellos en los tres modelos de gobiernos representativos que identifica: el parlamentarismo, la democracia de partidos y la democracia de lo público o, mejor traducido, de “los públicos” o la audiencia. A los fines de nuestro análisis, y para no extendernos más de la cuenta, nos referiremos sólo a las características de este último tipo de gobierno.

Manin señala los contrapuntos entre los estudios del comportamiento electoral de la década del '70, que habitualmente explicaban estos fenómenos a partir de características sociales, económicas y culturales, con el hecho que actualmente “los resultados del voto pueden variar significativamente de una elección a otra, aún cuando las características sociales, económicas y culturales de los electores permanezcan casi idénticas” (Manin, 1992: 29). Esto daría lugar a pensar que en los cambios de humor de la opinión pública comienza a ser más relevante el papel de la “oferta”, es decir, los representantes, que el de la “demanda”, es decir, los representados. “Muchos electores votan de manera diferente según la percepción que ellos tengan de lo que se halla institucionalmente en juego en cada elección: la orientación de su voto cambia según se trate de una elección local o nacional, presidencial o legislativa” (Manin, 1992: 31) (...), por otra parte “parece que la actitud de los candidatos en el debate público anterior a las elecciones ejerce un efecto importante sobre posiciones netamente tajantes y diferentes respecto de problemas determinados, si se desarrolla una controversia pública sobre temas particulares, los electores tienden a votar en función de su propia posición sobre esos problemas y esos temas; si por el contrario los candidatos no ofrecen opciones definidas, el comportamiento electoral es determinado por otros factores (en particular, por las fidelidades partidarias hereda-

³ Los cuatro principios que Manin define como característicos del gobierno representativo son: 1) elección de los gobernantes por los gobernados; 2) independencia de los gobernantes respecto de los gobernados, lo que implica específicamente la prohibición del mandato imperativo y la revocabilidad permanente de los elegidos; 3) libertad de la opinión pública y; 4) la deliberación como base para la decisión colectiva.

das)” (Manin, 1992: 31). Es interesante resaltar la oposición que marca el autor entre controversias sobre temas y determinantes “residuales” del voto, como la fidelidad partidaria heredada. Retornaremos aquí en el análisis del caso.

Siguiendo con los cambios de perspectiva en el análisis electoral, se remarca que “actualmente, en las explicaciones del comportamiento electoral, el acento se desplaza de las características sociales del electorado, a (...) la “oferta electoral” (...). En todo régimen representativo, presentarse a una elección implica siempre proponer un elemento de división y de diferenciación entre los electores (...). [El candidato] no se presenta únicamente como él mismo, presenta una diferencia. Propone de hecho un principio de división” (Manin, 1992: 31-32). Por ello, Manin propone cambiar la metáfora habitual de “oferta y demanda” electoral por la escena y lo/s público/s, análoga a la definición de Rinesi. En efecto, “La metáfora de la escena y de lo público parece pues más adecuada para describir una realidad de este tipo (...). El representante es un actor que toma la iniciativa de proponer un principio de escisión. Busca descubrir las divisiones del electorado y lleva algunas de ellas a la escena pública. (...). Aquí el representante no es más un portavoz. Por la personalización de la elección electoral (*sic*) es por una parte alguien de confianza, pero también un actor relativamente autónomo que busca y pone de manifiesto las divisiones en el seno del electorado” (Manin, 1992: 35). Surge aquí por primera vez la noción de “confianza” como variable central a la hora de evaluar a un líder político; éste no es ya sólo un portavoz, es también alguien que propone un código para interpretar la realidad política, que plantea una escisión relativamente original del electorado y llama a tomar partido por alguna de ellas. Ambas ideas, los principios de escisión “propuestos” públicamente, antes que “naturales”, y la “confianza” en los representantes, serán parte de nuestro análisis. Antes, ahondemos un poco más en esta última.

En el contexto actual, la personalización de la opción electoral cobra cada vez mayor relevancia. El candidato parece adquirir preeminencia sobre el partido y el valor de la confianza en él tiene un papel más significativo que las propuestas programáticas. Manin sostiene que “los electores votan cada vez más por una persona, no por un partido o por un programa. Este fenómeno marca una transformación con relación a aquello que se había considerado el comportamiento normal de los electores en

una democracia representativa. Se crea así la idea de una crisis de representación. En realidad, el rol predominante de las etiquetas partidarias en la determinación del voto sólo es la característica de un tipo particular de representación, el de la democracia de partidos. Y se puede ver claramente en la transformación actual una aproximación a uno de los rasgos constitutivos del parlamentarismo clásico: el carácter personal de la relación de representación” (Manin, 1992: 29-30). En esta perspectiva, la representación política estructurada a través de los partidos de masas, con fuertes compromisos programáticos y una férrea organización, es vista más como un momento específico y pretérito de la representación antes que como su carácter definitorio. El peso creciente de los líderes en lugar de los partidos y de la confianza en lugar de los programas surge, además, menos como una novedad que como resignificación de una característica ya presente en el gobierno representativo. Por tanto, lo que ocurre con la representación política en el marco de las democracias modernas (representativas y liberales) es más una mudanza que una crisis.

Para Manin esta nueva situación tiene su origen en el peso creciente de las técnicas de comunicación que permiten nuevas formas de relación entre el candidato y el público sin la mediación de los partidos, y en el contexto de incertidumbre en el cual se ejerce el gobierno en la actualidad y por la proliferación de ámbitos de la vida social que son materia de regulación. Ello genera que el programa partidario, salvo que corra el riesgo de volverse inútil para la movilización política, “no puede contener el catálogo de todas las medidas singulares que espera tomar un candidato” (Manin, 1992: 30). Este incremento de la incertidumbre y la complejidad en los mecanismos de *accountability* vertical, lleva a Manin a plantear la analogía entre las expectativas que ahora se vuelcan en un candidato y aquello que Locke denominaba *poder de prerrogativa*. “Este entorno deviene *ipso facto* cada vez menos previsible (...). La naturaleza de la actividad gubernamental contemporánea y el entorno en el cual se desarrolla fomentan cada vez más el ejercicio de aquello que se puede denominar, en términos lockianos, un poder de “prerrogativa”. Como se sabe, Locke definía a la prerrogativa como el poder de tomar decisiones en ausencia de leyes. (...). Lo que se llama aquí poder de prerrogativa de los gobiernos contemporáneos no está definido con relación a la ley sino con relación a los programas políticos. Sin embargo, su estructura formal es análoga a la perspectiva lockiana: se trata de un poder de decisión que

no se puede derivar de una regla de acción general y anunciada con anterioridad. Si debe otorgarse a los gobernantes cierta forma de poder discrecional, es razonable elegirlos en función de aquello que se estima su actitud para tomar decisiones apropiadas antes que en función de la promesa de decisiones determinadas. Desde el punto de vista del elector la confianza personal inspirada por los candidatos se convierte en un principio de elección más adecuado que la evaluación de acciones futuras particulares. La noción de *trust* (confianza), tan importante en los orígenes del gobierno representativo moderno, recobra así un lugar central” (Manin, 1992: 30-31). De este modo, a la confianza como un atributo central del liderazgo político, en la era abierta con el eclipse de los partidos de masa. Esta idea será retomada a la hora de dar cuenta de la aprobación de la gestión de Sabbatella y de su reelección como intendente, cuando se intente demostrar que su liderazgo se sustenta más en la valoración de un estilo de ejercer el gobierno antes que en la evaluación o expectativa respecto de alguna política en particular.

Pasemos en limpio el recorrido realizado. En primera instancia, Panebianco nos habló de los cambios organizativos en el seno de los partidos y vinculó los mismos con los cambios en la estratificación social y en la comunicación política. Luego planteamos que se podía encontrar tanto en Castel y Rosanvallon como en Habermas y Touraine, elementos que reconocían los cambios mencionados por Panebianco, refiriéndose estos autores con mayor especificidad a las transformaciones en el mundo del trabajo y en la comunicación política. Con Abal Medina ingresamos en el debate en torno a la representación política, puntualizando los supuestos de este concepto bajo el modelo del partido de masas, supuestos cuestionados en la dinámica actual de la representación. Rinesi y Manin plantearon, desde perspectivas distintas, enfoques alternativos en torno a la representación política a partir de pensarla como algo distinto de la homología entre identidades sociales y organizaciones políticas. Del último autor extrajimos tres ideas para contrastar con el análisis empírico del caso Morón, a saber: los cambios en la motivación del voto, la importancia y maleabilidad del principio de escisión del electorado y, por último, la revalorización de las características personales del representante, en particular la confianza.

En concreto vamos a afirmar que, dadas las características propias de la representación política en las democracias modernas, es decir, re-

presentativas y liberales, en el contexto de cambios en las formas de representación política que se abren con posterioridad al dominio de los partidos de masas y atentos a la especificidad política del caso Morón (es decir, dentro del conurbano bonaerense argentino), el éxito del liderazgo de Sabbatella encuentra sus motivos en el declive de las pertenencias sociales y la tradición partidaria como motivadores principales de la identidad y el comportamiento político, la posibilidad de redefinición de los clivajes electorales y la revalorización de la confianza en los representantes como soporte fundamental de la representación política post-democracia de partidos. Para ello, y enunciados a manera de hipótesis, intentaremos probar que:

Hipótesis 1: La gestión de Sabbatella al frente del municipio de Morón tiene como pilar fundamental la confianza ciudadana, entendida como un acuerdo con el modo de ejercitar el cargo y de usar el poder de prerrogativa en términos programáticos que señalaba Manin. Ello surge del predominio del poder explicativo de las formas de ejercicio de la gestión (honestidad y atención) frente al de políticas específicas y características sociales y demográficas de la población.

Hipótesis 2: La intención de voto a Sabbatella tuvo como motivos principales la confianza inspirada en el ejercicio del cargo y la aprobación de su gestión; en segundo lugar, variables propias de la dinámica política local en torno a los candidatos y las campañas y, por último, las tradiciones electorales. Se corroboraría así que la tradición electoral puede ser relegada a un segundo plano cuando en una elección se juegan cuestiones significativas en el electorado.

Hipótesis 3: Sabbatella logró superar el problema de la lista sábana horizontal, a pesar que las elecciones simultáneas para distintas categorías (o lista sábana horizontal) tienen impacto en el comportamiento electoral de los ciudadanos, porque logró imponer la relevancia de la elección local por sobre las tradiciones partidarias y la elección provincial. La mecánica de unir votaciones de varios distritos en un solo acto por medio de la ligazón de varias boletas en una sola tira, reduce los costos de la información política al precio de diluir la diversidad de elecciones. Este método es un incentivo a favor de la sábana horizontal y provoca la reducción del espacio para la decisión ciudadana y la ampliación del peso de los acuerdos entre dirigentes políticos. El “corte de boleta”, como posibilidad de neutralizar estos acuerdos, es una situación que sólo ocu-

re cuando en una elección parecen entrar en juego cuestiones de mayor importancia que la tradición partidaria. En Morón, este hecho fue la imagen de Sabbatella.

El éxito de la gestión de Sabbatella

Martín Sabbatella llega al gobierno de Morón en diciembre de 1999 como candidato a intendente de la Alianza UCR-FREPASO. Lo había precedido un período de 12 años de gobierno de Juan Carlos Rousselot en el orden local y de Carlos Menem en el nacional. En ese entonces, uno de los problemas principales que heredaba el nuevo gobierno era revertir el desprestigio y la desconfianza que la dirigencia política había adquirido durante los últimos años. Las controversias en torno al involucramiento del presidente Menem y su entorno en actos reñidos con la ley, tenían su analogía local en la gestión de Rousselot. La adición a este estado de cosas de la desaparición del Estado como garante de un conjunto de derechos básicos, servicios públicos cada vez más costosos, maltrato y desidia por parte de empleados y funcionarios de gobierno, crecientes niveles de desocupación y pobreza, entre otras cuestiones, daba lugar a una ruptura de la confianza (cuyo origen quizás sea de más larga data que el período mencionado aquí) de la población para con el Estado en general y los gobernantes en particular y una escasa, sino nula, tolerancia con cualquier hecho que pudiera asemejarse a un acto de corrupción. En este contexto, el recambio de gobierno y la asunción de una fuerza política que se decía dispuesta a renovar el costado ético de la política generó grandes expectativas con relación a esta situación.

Sabbatella fue su heredero en el nivel local. El proceso de contratación de servicios de higiene urbana y todo el conjunto de actos vinculados al mismo⁴, fue quizás la primera oportunidad de responder a estas expectativas, permitiendo posicionar a su gestión como decidida a terminar con las prácticas ilegales en el manejo de los fondos públicos. A la vez, fue el punto de partida en la construcción de un estilo en el que la

⁴ Este proceso incluyó, entre otras acciones, el llamado a licitación pública internacional, convocatoria a audiencia pública para la discusión del pliego de bases y condiciones, firma de un pacto de integridad entre las empresas ofertantes y el Estado municipal y auditoría de todo el proceso de parte de Transparencia Internacional por medio de Poder Ciudadano, organismo representante de dicha institución en nuestro país.

transparencia y honestidad en los actos de gobierno aparecía como un principio basal.

A partir del año 2001, el gobierno implementó un programa dirigido a evaluar la opinión ciudadana respecto de la marcha de las políticas y servicios de la gestión. De dicho programa se extrajeron los datos para analizar los motivos de aprobación de la gestión de gobierno⁵. En los informes anuales de los años 2001 y 2002 ya se podía observar una evaluación del gobierno altamente positiva. El informe de evolución de indicadores de gestión entre marzo de 2001 y abril de 2002, indica que la evaluación positiva de la gestión de gobierno nunca descendió del 46 por ciento (agosto de 2001), llegando a un máximo de 59 por ciento (mayo de 2001); en sintonía, la evaluación negativa más alta fue del 14 por ciento y se registró en abril de 2002, y la más baja, en octubre de 2001, del 5 por ciento. El segundo informe refiere al período de marzo a noviembre de 2002, y mantiene el grado de evaluación positiva de la gestión, si bien es notable una caída en la misma. El porcentaje mayor de evaluación positiva para este período es de 51 por ciento en los meses de marzo y agosto y el menor aparece en el mes de junio con 43 por ciento. Del mismo modo, la negativa más alta data de junio con 16 por ciento y la menor en los meses de julio, agosto y diciembre, con 11 por ciento.

Respecto de los servicios que presta el municipio, la mayoría mantenía una *performance* positiva en los períodos mencionados, si bien se nota una disparidad en las opiniones según nos desplazamos de un servicio a otro. Las políticas de gestión relevadas por este programa fueron estado de las calles, seguridad, recolección de residuos, limpieza y barrido, limpieza de áreas centrales, iluminación, mantenimiento de plazas y espacios públicos, funcionamiento del tránsito, actividades culturales, deportivas y recreativas, funcionamiento del hospital municipal, funcionamiento de los centros de salud barriales y de la ayuda social. Además, estas mediciones también incluyen dos variables actitudinales de la gestión de gobierno: la honestidad y la atención a los vecinos de parte del municipio.

⁵ Este programa lleva el nombre de Barómetro de Gestión Municipal. La evaluación de servicios se basó en mediciones mensuales de 400 casos relevados por vía telefónica. El uso del teléfono como medio de relevamiento, se justificó en que más del 80 por ciento de los hogares de Morón poseía este servicio y que el sesgo telefónico no se consideró relevante para la evaluación de servicios. Las muestras utilizadas fueron polietápicas, aleatoria en la selección hogares y con ajuste final del entrevistado según parámetros de sexo y edad.

No vamos a describir aquí las *performances* de cada indicador, pero sí algunos de sus rasgos generales. Por un lado, se observa que los indicadores de evaluación de políticas ligadas a la promoción y el desarrollo social (cultura, hospital, centros de salud y acción social) se caracterizan por tener una alta cantidad de “no sabe-no contesta”, generalmente mayor al 50 por ciento de la muestra. En estas variables, la evaluación positiva supera por el doble o más a la evaluación negativa. Por el otro, se encuentran los servicios “tradicionales” del municipio (recolección de residuos, limpieza y barrido, mantenimiento de plazas, iluminación, arreglo de calles, tránsito, etc.) y la evaluación de la seguridad, que sin ser una política tradicionalmente abordada por las gestiones municipales, adquirió un peso creciente en la opinión pública durante los últimos años y la equipara al resto. Aquí la tasa de opinión es casi del 100 por ciento y la evaluación es positiva en casi todos los casos. El estado de calles y la seguridad son las excepciones, donde las opciones “mal” y “muy mal” superan con creces a los “bien” y “muy bien”. En cuanto a la evaluación de la “honestidad” y la “atención a los vecinos”, también presentan una evaluación positiva aunque con una tasa de opinión entre el 70 y 80 por ciento. Hasta aquí la descripción general de la evaluación de la gestión de Sabbatella y de los servicios que presta el municipio. Es hora de analizar cómo se relacionan estas variables con la aprobación y desaprobación de la gestión de gobierno.

Dado que toda evaluación de atributos pertenecientes a un fenómeno global (como es la aprobación de un gobierno) presenta, en mayor o menor medida, un problema de interdependencia entre variables, es necesario clasificar a los distintos tipos de servicios y atributos en grupos homogéneos en su interior y diferentes respecto de otros. Este fenómeno puede ser estudiado estadísticamente con análisis factorial, un método desarrollado para medir la estructura de la interdependencia entre variables, detectar la redundancia y construir factores que permitan agrupar a las variables estudiadas. Esta técnica se aplicó con los servicios y atributos de la gestión de Sabbatella provenientes de las muestras de los meses de julio a noviembre de 2002⁶, excluyéndose del análisis factorial las cuatro variables referidas a eva-

⁶ La unificación de bases de distintos meses se basó en la estabilidad de la evaluación de los servicios de mes a mes. Las bases utilizadas suman 1980 casos, con una cantidad aproximada de 400 casos mensuales entre julio a noviembre.

luación de políticas sociales y culturales del municipio debido a sus altas tasas de no-respuesta. El análisis factorial arrojó como resultado 3 factores que se presentan en la Tabla 1.

Tabla 1

Interdependencia en la evaluación de servicios y atributos de la gestión municipal. Análisis factorial, rotación Varimax, julio-noviembre 2002

Servicios y atributos de la gestión	FACTORES		
	1	2	3
% Varianza explicada	36,8	10,7	8,5
Honestidad	0,85		
Gestión	0,83		
Atención al vecino	0,73		
Recolección de basura		0,71	
Iluminación		0,68	
Limpieza y barrido	0,33	0,62	
Limp. áreas centr.		0,57	
Estado de calles			0,76
Seguridad			0,67
Tránsito y estacion.		0,42	0,55
Plazas y Esp. Publ.		0,36	0,47

* Las celdas vacías son correlaciones menores a ,3.

De la Tabla 1 se desprende un primer factor que incluye a la honestidad, la atención y la gestión (la variable “limpieza y barrido” se desestimó en la interpretación de este factor dado que su correlación predomina en el segundo factor) y puede ser interpretado en el orden del estilo de gestión, aquello que Manin identificaba como evaluación de la actitud y confianza en el ejercicio del gobierno; llamemos a éste *factor actitudinal*. El segundo, que incluye la mayor parte de los servicios típicos de un municipio, será denominado *factor de servicios tradicionales*. Por último, el tercero incluye seguridad, calles, tránsito y mantenimiento de plazas, con preeminencia del peso de las calles y la seguridad; te-

niendo en cuenta que éstos dos son los únicos evaluados negativamente, llamemos a éste *factor de cuestiones críticas*.

A partir de este ejercicio, es posible leer los datos con las claves propuestas por Manin, dividiendo la dimensión de actitud y confianza en el gobierno de la evaluación de las acciones y programas. Vemos así que se organizan, por un lado, las políticas específicas (en nuestro caso los servicios, ya sean “tradicionales” o “críticos”) y, por el otro, los aspectos ligados al estilo de ejercicio del cargo y ejecución de dichas políticas. Tanto la percepción de la honestidad en los actos de gobierno como el modo en que los agentes estatales se relacionan con los vecinos, dan cuenta más de un estilo de una acción de gobierno.

Para comprobar nuestra primera hipótesis es necesario dar un paso más, afirmando que no sólo las variables actitudinales conforman un mismo factor diferenciado de las políticas específicas, sino que, además, tienen un impacto significativamente mayor que éstas y que las referidas a las características sociodemográficas de la población en la aprobación de la gestión. Esta última etapa probatoria será llevada a cabo mediante la técnica de regresión logística. Para ello se tomó la misma base utilizada para el análisis factorial y se consideraron como variables independientes los indicadores de evaluación de servicios y atributos de gestión (medidos con escalas de muy bien a muy mal), la percepción de la comunicación institucional del municipio y otros medios, las variables de aprobación de los gobiernos nacional y provincial (todas estas medidas de manera dicotómica) y las variables sociodemográficas (con escalas distintas según cada caso). Como variable dependiente se utilizó una pregunta dicotómica referida a la aprobación o desaprobación de la gestión de gobierno.

Luego de testear todas las variables incluidas en la base con diversos modelos, se arribó a uno que incluía aquellas que a través de los distintos test conservaron su robustez y nivel de significación estadística; éste se detalla en la Tabla 2.

Tabla 2

Modelo de principales variables explicativas de aprobación de la gestión municipal. Regresión logística, julio-noviembre 2002

VARIABLES	Coef. de regresión B	Error standard	Wald	Sig.
Constante	-7,625	0,682	113,482	0,000
Honestidad	1,412	0,150	89,211	0,000
Atención	0,558	0,158	12,450	0,000
Limpieza	0,487	0,140	12,030	0,001
Plazas	0,399	0,151	6,970	0,008
Calles	0,249	0,123	4,100	0,043
Lector del boletín	0,886	0,247	12,884	0,000
Aprueba gob. provincial	2,213	0,374	34,973	0,000
% predicción correcta total	87,5	-	-	-
Cox & Snell (pseudo R ²)	0,45	-	-	-
Número de casos	822	-	-	-

En este modelo es posible observar que la variable *honestidad* tiene, por lejos, el mayor impacto en la evaluación la gestión de gobierno⁷, seguida por la aprobación del gobierno provincial. En tercer lugar se ubican la lectura del boletín municipal (un boletín editado por el municipio que se reparte mensualmente en todas las casas, incluyendo entre otros contenidos información sobre acciones de gobierno, una agenda cultural, distintos servicios locales), la atención a los vecinos y la evaluación de la limpieza; por último, encontramos la evaluación del mantenimiento de plazas y calles. Como ya dijimos, la importancia de la honestidad y la atención puede ser interpretada en clave de evaluación de la actitud y confianza en el ejercicio del gobierno. La aprobación del gobierno provincial, si bien escapa a los fines de este trabajo, remitiría al impacto del “humor social” de la población, de modo tal que quienes están enojados con un nivel de gobierno tienden a enojarse.

⁷ Los coeficientes de regresión B no estandarizados no permiten una comparación directa entre variables, debido a que no toman en cuenta las diferencias de escala. El coeficiente Wald se presta mejor a este tipo de lecturas.

se con los demás⁸. La relevancia del boletín y, más genéricamente de la comunicación institucional de la gestión, se basa en su función como tribuna que le permite al gobierno plantear ejes propios de interpelación a la ciudadanía o, en términos de Manin, principios de escisión; esta tarea adquiere un peso central en la búsqueda de clivajes de comportamiento político alternativos a la tradición partidaria. Por último, encontramos algunos servicios prestados por la comuna que, si bien dan cuenta de un impacto de las acciones puramente “materiales” de la gestión de gobierno, aparecen claramente detrás de las otras. Las variables sociales y demográficas no presentaron la significación y robustez estadística suficiente.

En síntesis, vimos en primer lugar que la interdependencia en la evaluación de servicios y atributos del gobierno coloca, de un lado, a las variables ligadas con el estilo en el ejercicio del gobierno y, del otro, a la evaluación de las políticas “materiales”. En segunda instancia, vimos cómo las variables vinculadas a la valoración de la confianza y actitud poseían un impacto significativamente mayor que los servicios en la explicación de la aprobación de la gestión de Sabbatella. Asimismo, se comprobó que las variables sociales y demográficas, consideradas en alguna época como determinantes de los fenómenos políticos, carecían de relevancia para dar cuenta de estos hechos. Ambas observaciones, creemos, son eficientes para afirmar nuestra hipótesis respecto que la gestión de Sabbatella se sostuvo en la conservación y afianzamiento de la confianza ciudadana, una de las principales expectativas que, siguiendo las categorías de Manin, deben responder en la actualidad los líderes políticos.

La campaña política, Sabbatella y Nuevo Morón

La campaña para intendente se inició en Morón con un afiche del candidato justicialista Juan Horacio “Juanchi” Zabaleta, saludando a la población con motivo de las fiestas navideñas. Este afiche llevaba como objetivo dar a conocer a un candidato que, si bien había tenido cierta presencia pública un año y medio antes cuando encabezó la lista de concejales del justicialismo (oportunidad en que le tocó triunfar), en diciembre de

⁸ Esta interpretación, no desarrollada aquí, se comprueba también al observar la variación conjunta en los niveles de aprobación de los gobiernos nacional, provincial y municipal ocurridas entre los años 2001, 2002 y 2003.

2002⁹ sólo el 51 por ciento de los moronenses tenían una opinión formada de él. Estos guarismos eran bajos para desafiar al intendente, quien era conocido por más del 90 por ciento de la población. Un segundo problema era que el 25 por ciento de los vecinos tenía de él una imagen negativa, mientras la positiva era sólo del 15 por ciento. Por el contrario, Sabbatella poseía un 37 por ciento de imagen positiva contra un 23 por ciento de negativa, a la vez que también aventajaba a su homónimo, en el mes de diciembre, por 44 por ciento contra 7 por ciento en intención de voto.

A pesar de las holgadas diferencias iniciales, la falta de un partido fuerte que respalde la candidatura Sabbatella generaba incertidumbre en el orden local. A principios de 2002 Sabbatella abandonó el FREPASO y comenzó a organizar una fuerza local que recién a fines de ese año tuvo aparición pública y fue bautizada con el nombre de “Nuevo Morón”. Más adelante nos extenderemos un poco más respecto de las características de este partido, por ahora señalemos que nació con no más de trescientos militantes, la mayoría proveniente del FREPASO, pero muchos otros procedentes de diversas experiencias políticas. La gestión de gobierno había sido el principal espacio en el cual todos ellos convergieron en una experiencia política con más futuro que pasado. A pesar que el intento de Nuevo Morón no era nada despreciable, el PJ parecía mucho mejor posicionado en términos de estructura partidaria ya que, si bien no tenía en Morón la fortaleza de otros distritos, nunca había obtenido menos del 27 por ciento de los votos.

El primer hecho de relevancia política en la campaña local fue la campaña presidencial. Durante los meses previos a las elecciones de abril, los distintos candidatos presidenciales, especialmente los justicialistas, ocuparon casi todas las paredes de Morón en el marco de una disputa por los votos del conurbano bonaerense. Varios líderes locales aprovecharon la oportunidad para posicionarse con vistas a las elecciones locales, apareciendo en las gráficas con el candidato que apoyaban. Zabaleta desplegó una extensa maquinaria de pegado de afiches acompañando a Néstor Kirchner; Rousselot, en menor medida, hizo lo propio con Carlos Menem. Ante ello, Sabbatella debía enfrentar dos problemas: por un lado, al no pertenecer a ninguna de las fuerzas que competían, no tenía excusas para participar de ninguna campaña; por el otro, no parecía con-

⁹ Consultora Equis, 400 casos, muestra aleatoria polietápica con selección final del entrevistado según parámetros de sexo y edad, diciembre de 2002.

veniente para el joven de Castelar tomar partido por alguno de ellos. En efecto, el 44 por ciento de intención de voto que sumaba atravesaba la intención de voto de los distintos candidatos presidenciales. Posicionarse junto a uno de ellos podía poner en riesgo el electorado de los otros y, aun asumiendo este costo, no parecía existir ningún candidato presidencial en condiciones de asegurarse el triunfo. La decisión de Sabbatella y su equipo fue no tomar partido en la disputa, lo cual retrasó el lanzamiento de su campaña local en espera de la resolución de la elección presidencial. En el mes de mayo, luego de pasadas las presidenciales, el candidato justicialista había logrado trepar al 18 por ciento mientras que Sabbatella se mantenía en el orden del 40 por ciento de intención de voto¹⁰.

Zabaleta, o “Juanchi” tal como aparecía en las gráficas, había logrado una instalación de su candidatura acompañando a Néstor Kirchner en carteles que cubrían la mayor parte de las paredes de Morón. Hasta ese momento, las acciones de campaña de Sabbatella se habían limitado a una carta anunciando la creación de Nuevo Morón y un volante con su imagen y la frase “otra forma de ser, otra forma de gobernar”, acompañada por una serie de razones que justificaban el voto en el dorso. A principios de junio se inició la campaña sabbatellista propiamente dicha, con un afiche en fondo blanco que replicaba el frente del volante mencionado. Luego de dos semanas de disputar, y habitualmente perder, los espacios en las carteleras de vía pública, salió a la luz un nuevo afiche de color rojo, también con la imagen del intendente y la frase “la diferencia es que él te puede mirar a los ojos” y días después, una tercera pieza en azul cerraba la saga diciendo “la diferencia es que él gobierna”. En contraposición con el mensaje principal del candidato justicialista que constaba de la instalación de su imagen en compañía del flamante presidente, Sabbatella elegía apelar al electorado resaltando sus características personales como dirigente. La respuesta de Juanchi fue un intento de profundizar la asociación de su imagen con el ahora presidente, en un nuevo afiche con la frase “Él no está solo”.

En el mes de julio, luego de este cruce de mensajes en la vía pública y con las campañas totalmente en marcha, una nueva medición¹¹ mostraba

¹⁰ Consultora Equis, 400 casos, muestra aleatoria polietápica con selección final del entrevistado según parámetros de sexo y edad, mayo de 2003.

¹¹ Consultora Equis, 400 casos, muestra aleatoria polietápica con selección final del entrevistado según parámetros de sexo y edad, entre el 30 de junio y el 3 de julio de 2003.

los primeros resultados. Juanchi y Sabbatella eran reconocidos como candidatos por aproximadamente el 60 por ciento del electorado, pero mientras la imagen positiva de Sabbatella había crecido al 57 por ciento y la negativa descendido al 12 por ciento, el justicialista seguía con los mismos problemas que en diciembre. Respecto de las virtudes y defectos de los dos candidatos principales, mientras de Sabbatella el 20 por ciento mencionaba como virtud la honestidad y la transparencia, el 13 por ciento la voluntad de trabajo, 11 por ciento el mantenimiento del municipio, 6 por ciento que tenía buenas intenciones y era un hombre sencillo y, con 5 por ciento de menciones cada una, su accesibilidad, haber sacado a los corruptos, su juventud y la promoción de la cultura, del otro candidato el 42 por ciento era “no sabe o no contesta”, el 32 por ciento era “ninguna”, logrando sólo que el 10 por ciento diga que es un buen tipo y es joven, y 2 por ciento que es audaz y carismático, que atiende a la juventud y que atiende a los más necesitados. En cuanto a los defectos, para Sabbatella los resultados eran 10 por ciento seguridad, 8 por ciento calles y bacheos, 6 por ciento faltan cosas por hacer, 4 por ciento limpieza y recolección, 4 por ciento lentitud, mientras que al justicialista un 11 por ciento le endilgaba manejar la droga y/o consumir, un 10 por ciento que era mala yunta, un 6 por ciento que era un atorrante y un charlatán, un 5 por ciento su falta de honestidad y otro 5 por ciento su mala fama. Por último, la intención de voto a Sabbatella en julio había crecido a 57 por ciento, la de Juanchi caído a 9 por ciento y el resto se ubicaba en menos del 3 por ciento.

Desde el punto de vista de su imagen todo parecía marchar en orden para Sabbatella, sin embargo no ocurría lo mismo con su partido. En el mes de febrero de 2003¹², sólo un 16 por ciento conocía Nuevo Morón; en julio, sólo el 6 por ciento reconocía al intendente como miembro de Nuevo Morón. La situación también era preocupante para él cuando se consultaba la intención de voto por partido, donde el justicialismo marchaba primero con poco más del 16 por ciento y Nuevo Morón tercero con 12 por ciento, como surge de la Tabla 3. La brecha entre la imagen del candidato y el partido era aún más profunda si observamos la vinculación entre ambos; sólo el 12 por ciento reconocía correctamente por qué partido se presentaba a elecciones el intendente, mientras el 65 por ciento decía no saberlo y más del 20 por ciento restante mencionaba partidos erróneos.

¹² Consultora Equis, 400 casos, muestra aleatoria polietápica con selección final del entrevistado según parámetros de sexo y edad, febrero de 2003.

Tabla 3

Intenciones de voto a intendente por candidato y por partido y menciones al partido por el que se presenta Sabbatella, julio de 2003

Indicadores de candidatos y partidos (en %)	PJ Zabaleta	N. MOR. Sabbatella	UCR Gamarra	ARI/ Dorfman	FPB Bonapelch	F. LEALT. Rousselot	Otros cand/part	Ns/nc
Int. de voto por candidato	9,3	57,4	0,3	1,6	2,5	2,5	2,6	16,4
Int. de voto por partido	16,4	12,0	3,9	14,4	-	-	11,4	39,8
Partido por el que se presenta el actual intendente	11,8	11,9	8,2	1,5	-	-	1,6	65,1

Describamos un poco mejor a Nuevo Morón. Como se dijo, a principios de 2003 era un partido con pocos militantes, escasos fondos y ninguna antigüedad. Nació en torno a la experiencia de gobierno afianzando los lazos de fraternidad interna al calor de la lucha contra las amenazas del año 2002. En efecto, la debacle de diciembre de 2001 no estuvo exenta de consecuencias para el sabbatellismo, principalmente en los órdenes fiscal y político, los cuales interactuaban y se reforzaban mutuamente. Desde mediados de 2001 la recaudación municipal descendía y hacia fin de año llegó a comprometer la regularidad en el pago de los sueldos municipales. Este problema obligó a fuertes reducciones de gastos que necesariamente impactarían en los sueldos del personal (especialmente en la planta temporaria y en los sueldos de funcionarios, donde las reducciones salariales superaron en promedio el 20 por ciento), dada su influencia relativa en el presupuesto. A este hecho se sumó la amenaza política de una oposición dispuesta a usufructuar la situación. Con el recorte, ambos factores se reforzaron generando la ruptura de alianzas internas, la oposición inicial de buena parte de los empleados e intentos de desestabilización por parte del justicialismo y el sindicato municipal. En este contexto, la lucha por sobrevivir a la amenaza externa, atravesar la crisis y construir una organización política propia, ahora ya sin ningún partido ni referente nacional que permitiera el triunfo, fue solidificando la identidad colectiva de los sabbatellistas en el gobierno. Cuando hacia fin de año el gobierno comenzó a mostrar rasgos claros de triunfo en el enfrentamiento con la oposición y el gremio municipal y la recaudación volvió a crecer, los miembros de Nuevo Morón emergieron con un vigor colectivo como nunca antes habían tenido.

Esta fortaleza grupal organizada bajo el liderazgo indiscutible de una persona, vino a converger con el marcado centralismo heredado del FRE-

PASO, espacio del cual provenía el núcleo sabbatellista. Ambas características dieron lugar a un partido con fuertes semejanzas al modelo profesional electoral. Desde el centro político, se llevó adelante la organización del partido, más como la construcción de un nuevo proyecto que como la articulación de estructuras preexistentes; se fortalecieron los grupos ya formados de militancia territorial y se crearon nuevos allí donde no los había, a la vez que se integraron las distintas acciones de campaña, unificando todo bajo una única estrategia integrada de comunicación política. Todo ello dio lugar a niveles de organización de campaña muy poco habituales, especialmente cuando el principal recurso es la participación no rentada. La campaña fue también una oportunidad para la incorporación de una gran cantidad de militantes que se acercaban atraídos por las características del nuevo partido, pero fundamentalmente por la creencia en el intendente. Esto daba lugar a alguna contradicción en términos de fortaleza partidaria, en la medida que su principal atractivo, la fuerza de la imagen del intendente, también opacaba a la organización.

En síntesis, es posible observar un escenario donde claramente Sabbatella era mejor candidato que Juanchi en todos los aspectos, tenía mejor imagen y más intención de voto, era reconocido por su honestidad, por la manera en que ejercía el cargo, por su relación con los vecinos, siendo cuestionado por algunas deficiencias en las políticas ejecutadas. Sin embargo, la situación era distinta si se la abordaba desde la perspectiva de los partidos, ya que el justicialismo estaba mejor posicionado y, en cambio, Nuevo Morón era desconocido y tenía poca vinculación con la alta imagen de su candidato.

Análisis estadístico: los motivos del voto

Hasta aquí describimos cómo la campaña a intendente iba tomando un cariz de diferenciación y oposición de candidatos, cómo en el caso de Sabbatella predominaba la fortaleza de su imagen, pero cómo desde el punto de vista partidario, el justicialismo era notablemente más fuerte. Ahora es necesario corroborar mediante el análisis estadístico qué influencia tenían estos temas en la intención de voto a intendente, para lo cual se expondrán los resultados de un modelo de regresión logística construido a partir de una muestra de 914 casos realizada a mediados

del mes de agosto¹³. Para ello se tomó como variable dependiente la intención de voto por candidato y se dicotomizaron las respuestas entre quienes pensaban votar a Sabbatella y quienes no. De todas las variables incluidas en el estudio (evaluación de dirigentes políticos, de servicios municipales, indicadores de corte de boleta, consumo de materiales de campaña, etc., además de todas las socioeconómicas y demográficas) se seleccionaron aquellas que conservaron significación estadística y robustez a medida que el modelo se volvía más complejo. Todas las variables independientes se dicotomizaron, privilegiando la categoría de respuesta asociada con el voto a Sabbatella. Respecto de la pregunta si la gestión del intendente era honesta, se contrastó la respuesta positiva contra la negativa o la no opinión, y lo mismo se hizo con las variables preocupación, aprobación de gestión y voto anterior. Las variables de mención espontánea a Sabbatella entre los candidatos a intendente conocidos y de voto negativo a Juanchi ya se medían originalmente con una escala dicotómica. El modelo final se detalla en la Tabla 4.

Tabla 4

Modelo explicativo de intención de voto a Sabbatella en las elecciones a intendente de Morón. Regresión logística, agosto de 2003

VARIABLES	Coef. de regresión	Error standard	Wald	Sig.
Constante	-2,842	0,247	132,480	0,000
Honestidad	0,909	0,201	20,405	0,000
Preocupación	1,370	0,196	48,917	0,000
Aprobación de la gestión	1,272	0,201	39,902	0,000
Conocimiento de candidatura de Sabbatella	1,093	0,192	32,247	0,000
No voto a Juanchi Zabaleta	1,058	0,275	14,823	0,000
Voto PJ 1999	-0,531	0,231	5,265	0,022
Voto Alianza 1999	0,496	0,203	5,948	0,015
% predicción correcta total	81,7	-	-	-
Cox & Snell (pseudo R ²)	0,38	-	-	-
Número de casos	909	-	-	-

¹³ Consultora Opinión, 914 casos, muestra aleatoria polietápica con selección final del entrevistado según parámetros de sexo y edad, entre el 9 y el 13 de agosto de 2003.

Como surge del gráfico, comparando el indicador Wald se observa que la variable más importante a la hora de explicar la intención de voto a Sabbatella es la preocupación por los problemas de los vecinos del distrito, en segundo lugar la aprobación de su gestión de gobierno, en tercero la instalación de Sabbatella como candidato, en cuarto lugar la honestidad del gobierno, en quinto el voto negativo hacia Juanchi y, por último, el voto De la Rúa y Duhalde en 1999. Todos ellos aparecen como variables significativas y complementarias en la intención de voto a Sabbatella, de modo tal que a medida que un elector posee alguna de las categorías mencionadas la probabilidad que vote por el intendente se va incrementando, como lo muestra la Tabla 5.

Tabla 5

Probabilidad estimada de voto a Sabbatella, según cantidad de elementos explicativos presentes. Medias comparadas, agosto de 2003

Probabilidad estimada de votar a Sabbatella	Cantidad de categorías explicativas positivas							
	0	1	2	3	4	5	6	7
Media estimada	0,03	0,07	0,17	0,36	0,64	0,81	0,91	0,97
Error standard	(0,000)	(0,002)	(0,005)	(0,010)	(0,010)	(0,005)	(0,001)	(0,000)

Sin embargo, no todas las variables presentan impacto similar, como surge de la comparación de variables en el ejercicio de regresión de la Tabla 4; a su vez, es probable que muchas de estas variables redunden en la explicación del voto a Sabbatella debido a altos grados de interdependencia entre variables. Como ya vimos al analizar la evaluación de servicios, el fenómeno de interdependencia y, dentro de éste el de redundancia, se puede estudiar con análisis factorial, por lo cual se realizó un ejercicio de este tipo con las siete variables seleccionadas. La Tabla 6 muestra sus resultados.

Es posible observar la alta asociación que presentan la honestidad, la preocupación y la aprobación de la gestión respecto del factor 1, algo similar a lo ocurrido con el factor llamado “actitudinal” en la evaluación de servicios. En segundo lugar, vemos también una alta asociación entre las variables electorales agrupadas en el factor 2. Por último, las variables voto negativo e instalación de Sabbatella como candidato se unen en el factor 3, si bien esta última variable presenta un coeficiente medianamente asociado con el factor. Es posible, entonces, reagrupar las siete

Tabla 6

Interdependencia de variables explicativas de intención de voto a Sabbatella. Análisis factorial, rotación Varimax, agosto de 2003

Variables de impacto en la intención de voto a Sabbatella	FACTORES		
	1	2	3
% Varianza explicada	32,6	19,2	13,9
Honestidad de la gestión	0,82		
Preocupación de la gestión	0,82		
Aprobación de la gestión	0,76		
Voto a Duhalde en 1999		-0,85	
Voto a De la Rúa en 1999		0,83	
No voto a Juanchi			0,90
Instalación de Sabbatella			0,54

* Las celdas vacías refieren a correlaciones consideradas bajas por ser menores a ,3.

variables en tres factores explicativos conceptuales: la aprobación y confianza en la gestión, las referencias electorales y la dinámica competitiva y comunicación política en el marco de la campaña local.

Para completar el análisis del impacto de estos factores en la intención de voto a Sabbatella, se seleccionaron algunas de las variables que conforman los tres factores (a fin de privilegiar motivos complementarios) y se calculó la probabilidad de voto a Sabbatella según la combinación de distintas respuestas posibles. Del primero, se eligió la variable *preocupación del gobierno por los vecinos* y la *aprobación de gestión*, del segundo fue seleccionado el *voto anterior por el PJ* y del tercero fue seleccionada la *mención a Sabbatella como candidato*. Así, se llegó a la estimación de la probabilidad de voto que se muestra en la Tabla 7, que presenta como virtud coeficientes directamente interpretables (por ejemplo, para el caso de un elector que aprobara la gestión de Sabbatella, que opinara que ésta se preocupa por los vecinos, que supiera que Sabbatella es candidato y que en 1999 no hubiera votado por el justicialismo, la probabilidad de tener intención de votar al intendente sería del 90 por ciento [0,90 en la Tabla]; en el otro extremo, quien opinara negativamente de la gestión, no supiera que Sabbatella era candidato y hubiera votado al PJ en 1999, tendría una probabilidad de votarlo de 4 por ciento [0,04]).

Tabla 7

Probabilidad estimada de voto a Sabbatella en 2003, según combinación de 4 variables explicativas. Regresión logística, agosto de 2003

¿El gobierno munic. se preocupa por los vecinos?	¿Aprueba la gestión municipal?	Mención espontánea de la candidatura de Sabbatella	Voto al PJ en 1999	
			Sí	No
Sí	Sí	Sí	0,80 (.009)*	0,90 (0,003)
		No	0,54 (0,024)	0,71 (0,013)
	No	Sí	0,43 (0,030)	0,64 (0,027)
		No	0,18 (0,034)	0,32 (0,031)
No	Sí	Sí	0,39 (0,026)	0,60 (0,015)
		No	0,17 (0,021)	0,31 (0,022)
	No	Sí	0,16 (0,016)	0,24 (0,011)
		No	0,04 (0,003)	0,09 (0,005)

* Errores estándar entre paréntesis.

Con esta información es posible corroborar la segunda hipótesis. Ésta sostenía que la intención de voto a Sabbatella se sustentaba, en primer lugar, en actitudes y valores atribuidos a su gestión de gobierno; en segundo, en la dinámica política de las campañas; y, por último, en la tradición partidaria del electorado. La Tabla 4 nos muestra el impacto relativo de los factores y la Tabla 6 nos muestra cómo las variables se organizan en torno a los tres factores mencionados en la hipótesis. Entre ambas es posible observar que la aprobación y la confianza en el gobierno de Sabbatella, en concordancia con el análisis de los factores que explicaban el apoyo a su gestión, representaron el motivo principal de su fortaleza electoral. En segundo lugar, también parecen haber pesado las acciones de campaña que contribuyeron a instalarlo como candidato y a resaltar su figura en contraposición con los otros candidatos. Por último, queda claro también que habiendo un motivo de diferenciación de los candidatos en juego y habiéndose estructurado una campaña eficaz para que éstos se transformen en *issues* centrales de la disputa, la tradición partidaria, aun sin perder totalmente su impacto, queda en un segundo plano.

Esta segunda hipótesis parece confirmar las ideas de Manin, en particular que la manera de votar de un mismo electorado cambia según lo que parece estar en juego en cada elección como así también según el principio de escisión que se instaurara en la campaña. Cuando no parece haber opciones claramente diferentes y significativas para el público,

la fidelidad partidaria heredada tiende a ser uno de los factores que define una elección; cuando, por el contrario, esta contraposición ocurre, la fidelidad declina. En este sentido, se puede afirmar que el fuerte contraste entre candidatos y la diferencia entre la apuesta al apoyo presidencial por un lado, y la apelación a las virtudes personales del candidato por el otro, le otorgó sustancia a la campaña local. Y este contraste parecía beneficiar claramente a Sabbatella. Por si fuera poco, Zabaleta, para que no lo confundan con Sabbatella, sacó a relucir su apodo “Juanchi” hasta en la boleta electoral. En un aspecto más importante aún, las categorías de Manin también parecen acompañar el caso Sabbatella, al definir a la confianza en los representantes como el rasgo decisivo del funcionamiento actual del gobierno representativo. Esta confianza no sólo se transforma en un factor fundamental para el candidato, sino que duplica su efecto, por ser difícil de contestar para contrincantes que no logran ser reconocidos por la mayoría del electorado.

El fenómeno del (no) corte de boleta

A pesar que el panorama era alentador para Sabbatella, aún no quedaba resuelta la incertidumbre de presentarse con un partido muy poco conocido y mayoritariamente desligado de él. Esta brecha era un problema para el joven de Castelar, ya que el 14 de septiembre, en el mismo cuarto oscuro y con las mismas boletas, se llevarían a cabo también elecciones para diputados nacionales, provinciales y, especialmente, gobernador. Esto provocaba temores en su equipo respecto del impacto negativo que la elección de gobernador pudiera generarle.

Algunas cosas se sabían respecto del corte de boleta: entre el 50 por ciento¹⁴ y el 61 por ciento¹⁵ de la población de Morón, decía haber cortado boleta en alguna oportunidad. También se sabía, con la medición del mes de agosto¹⁶, que de los electores con intención de votar a Sabbatella el 58 por ciento sabía que para votarlo con candidato a gobernador era necesario cortar boleta, que el 48 por ciento pensaba cortar boleta, que el 46 por ciento decía haber cortado boleta anterior-

¹⁴ Consultora Equis, julio de 2003.

¹⁵ Consultara Equis, febrero de 2003.

¹⁶ Consultora Opinión, agosto de 2003.

mente y que, prestos a elegir entre la boleta de Sabbatella y la del candidato a gobernador que pensaban votar, el 44 por ciento elegía a Sabbatella, el 39 por ciento elegía cortar boleta y sólo el 10 por ciento privilegiaba la boleta de gobernador. Existía aún otro dato llamativo. Cuando se cruzaban las intenciones de voto a gobernador e intendente (Tabla 8), se observaba que la intención de voto no sólo era transversal para Sabbatella, sino también para los otros candidatos, en especial, para el 20 por ciento de Juanchi. En consecuencia, la inclinación a construir el voto como un collage de candidatos más allá de la pertenencia partidaria, no parecía ser un monopolio de los simpatizantes de Sabbatella sino una característica propia de todo el electorado. La incertidumbre estaba dada con relación a cómo se repartirían los electores con intención de votar a Sabbatella según los tres caminos posibles: elegir sólo la boleta de Sabbatella (sólo el 8 por ciento decía votar en blanco para gobernador), cortar boleta (menos de la mitad parecía tener la experiencia necesaria) o, simplemente, privilegiar el voto partidario o la candidatura a gobernador y resignar el voto a Sabbatella.

El final de la historia es conocido. Como dijimos al principio el 16 por ciento de los electores votó a Sabbatella sin candidato a gobernador y el 38 por ciento restante cortó boleta, según los resultados de una encuesta en boca de urna¹⁷, lo que demuestra que el “problema” del corte de boleta prácticamente no disminuyó en nada la intención de voto al intendente. Sin embargo un dato llama poderosamente la atención y es que la transversalidad del voto a intendente que surgía de las encuestas preelectorales, sólo se confirmó con Sabbatella y, en menor medida, con Rousselot. La Tabla 8 muestra la brecha entre las preferencias de la población un mes previo a las elecciones y la decisión finalmente tomada.

¹⁷ Consultora Opinión, 2422 casos en 40 centros de votación. Muestra estratificada por secciones electorales, con selección aleatoria de centros de votación y selección final del entrevistado según parámetros de sexo y edad.

Tabla 8

Impacto de elecciones simultáneas en el (no) corte de boleta. Comparación de datos preelectorales (agosto 2003) y resultados en boca de urna (% columna)

PARTIDO	FUENTE	I N T E N D E N T E									TOTAL	
		NM	PJ	FPB	AF	ARI	UCR	RCR	FL	Blanco		
C O B E R N A D O R	PJ	Preelec	40	43	17	s/d	12	13	23	23	16	35
		B.Urna	28	84	5	-	10	13	3	18	15	36
	FPB	Preelec	10	11	22	s/d	6	-	8	31	11	10
		B.Urna	6	4	89	-	1	-	3	16	4	9
	AF	Preelec	10	15	11	s/d	-	-	23	23	11	12
		B.Urna	8	4	2	96	-	-	6	51	6	9
	ARI	Preelec	6	4	-	s/d	35	-	-	-	-	5
		B.Urna	11	1	1	-	86	-	-	-	-	9
	UCR	Preelec	6	3	-	s/d	-	63	8	-	-	5
		B.Urna	5	1	-	-	-	87	-	-	1	4
	RCR	Preelec	2	2	17	s/d	-	-	-	-	-	2
		B.Urna	4	1	1	-	-	-	84	2	-	4
	Blanco	Preelec	8	11	22	s/d	12	12	8	14	56	11
		B.Urna	29	4	2	4	-	-	3	6	74	20
	Otros	Preelec	7	2	6	s/d	23	12	8	4	5	6
		B.Urna	9	1	-	-	3	-	-	2	-	9
	Ns-nc	Preelec	11	9	6	s/d	12	-	-	4	-	14
		B.Urna	1	1	1	-	-	-	-	4	-	1

Siglas: NM: Nuevo Morón; FPB: Fr. Pop. Bonaer.; AF: Acción Feder. (Patti); FL: Fr. Por la Lealtad (Rousselot).

Como surge de los datos, entre el 80 y el 90 por ciento de los votos que consiguen los candidatos a intendente provienen de la boleta partidaria, salvo para Sabbatella y Rousselot; sin embargo, tan sólo un mes antes la intención de votar de esta manera en casi ningún caso superaba el 40 por ciento. Si se toma en serio la intención de voto declarada por los entrevistados, se debe colegir que hay algo que influye en el electorado induciéndolo a modificar su voto al momento de la elección. La principal sospecha se dirige, obviamente, hacia las elecciones simultáneas.

Esta observación nos obliga a dar cuenta de dos fenómenos, ¿por qué tiene tanto impacto en el voto local la elección simultánea?, y ¿por qué no ocurrió con Sabbatella lo mismo que con los otros candidatos? En cuanto al primer punto, puede conjeturarse que las elecciones simultáneas y los partidos políticos tienen el efecto de reducir los costos de información¹⁸ que supone para un votante poseer un

conocimiento sustantivo de la mayoría de candidatos y propuestas que se presentan en una elección. Sin extendernos en un tema que escapa a los alcances de este trabajo, en un sistema de voto obligatorio y plurinominal, los elementos que potencialmente podrían tenerse en cuenta para tomar una decisión electoral “racional” se elevan exponencialmente; a su vez, la obligatoriedad impone esta operación tanto para quienes tienen mucho interés político, como para quienes tienen poco. Los partidos o los candidatos “principales” resuelven este problema condensando en una decisión “primordial” (la elección del partido o del candidato para el cargo principal) muchas decisiones secundarias (la de todos aquellos que integran la lista, en sentido vertical y horizontal). La Tabla 9 nos muestra cómo la performance de conocimiento, instalación de la candidatura y evaluación se vincula con el corte de boleta, de modo tal que el corte es casi nulo para los candidatos poco conocidos o conocidos pero con una evaluación mediocre, es negativo para los conocidos y mal evaluados y positivo para los conocidos y bien evaluados.

Tabla 9

Indicadores de performance de candidatos y porcentaje de votos obtenidos con corte de boleta, agosto de 2003.

	Sabbatella	Rousselot	Juanchi	Bonapelch	Dorfman
Tasa de respuesta para evaluación (1)	91,2	94,6	65,0	21,3	10,7
Mención de candidatura (1)	69,9	18,3	71,8	23,3	1,4
Evaluación (puntaje promedio) (1)	6,3	1,5	3,9	3,2	3,7
% de corte de boleta (2)	70,7	45,7	16,2	10,2	18,1
Votos del int./votos del gob. mismo partido (2)	3,10 (3)	0,22	0,63	0,57	0,35

(1) Preelectoral agosto 2003 / (2) Boca de urna / (3) Se tomó como divisor los votos en blanco a gobernador

Esta observación permite responder por qué algunos candidatos locales logran superar el arrastre de la lista sábana horizontal. La clave está en los términos “primordial y secundario” que mencionamos antes, ya que no necesariamente la elección a intendente es *per se* la elección se-

¹⁸ Para profundizar el problema de los costos de información en la democracia, véase Downs (1957). Respecto de los partidos políticos como instituciones que resuelven este problema, puede consultarse Abal Medina (1998).

cundaría por tener varias boletas a su izquierda. Más aún, como vimos en la hipótesis 2, las campañas locales también cuentan a la hora de definir el voto, entre otras cosas porque compiten no sólo contra los candidatos a la misma categoría sino también contra los otros candidatos de otras categorías. En este caso Sabbatella (y Rousselot en menor medida y distinto sentido) era un candidato primordial por peso propio e incentivaba a cortar boleta o a resignar al resto de los candidatos. Sabbatella, junto con Rousselot, habían sido intendentes y eran candidatos fuertes para la población local, Sabbatella por su buena imagen y Rousselot por su mala. El resto de los candidatos eran desconocidos, o conocidos pero sin opinión relevante para la mayoría de la población. Con relación al papel del partido como “reductor” de los costos de información, ya vimos por qué había declinado su importancia.

En síntesis, si Sabbatella parece ser la expresión de un cambio en la forma de gobernar y logra obtener la confianza de la mayoría de los moronenses, es posible que el afán por conservar su gobierno lleve a los ciudadanos a realizar un esfuerzo “extra” e invertir un poco más de tiempo que el habitual en resolver los artilugios de los sistemas electorales. El caso de Sabbatella nos diría que no es cierto el principio que sostiene que los electores no se toman la molestia de cortar boleta; lo que ocurre es que, para hacerlo, parece necesario que posean motivos suficientes.

Conclusiones

Afirmar que los partidos políticos, sus candidatos y los lazos que ambos establecen con el electorado son distintos en la actualidad de lo que fueron en los albores del retorno de nuestro país a la democracia, tiene muy poco de novedoso. Sin embargo, sí parece serlo el surgimiento de nuevos liderazgos capaces de superar el peso de los aparatos partidarios. La importancia es mayor aún cuando estos fenómenos se producen en el conurbano bonaerense. Allí se concentra la mayor cantidad de electores de todo el país; allí las estructuras políticas de los partidos tradicionales conservan buena parte de lo que fueron; y allí también la dinámica de la comunicación política local muestra la yuxtaposición de distintas fuentes de información política (medios masivos de comunicación, medios locales, partidos políticos, líderes de opinión, canales informales de

contacto entre vecinos, etc.), complejizando tremendamente los mecanismos de difusión de los hechos políticos municipales. No es la situación de la Capital Federal, donde las elecciones son tema de los medios nacionales, ni en los distritos más chicos, donde la cercanía de representantes con líderes de opinión y representados otorga a la comunicación directa una alta efectividad.

El conurbano es más bien un híbrido dentro del interminable área metropolitana, con identidades y dinámica comunicativa local sin fronteras bien definidas y superpuestas con otras identidades y espacios de intercambios simbólicos más vastos. Pareciera lógico que el comportamiento electoral en esos municipios respete las tradiciones partidarias, la estratificación social y las tendencias políticas predominantes. Sin embargo, el caso de Morón parece decir que es posible también que en una elección cobren mayor importancia otros factores. Este trabajo intentó mostrar cuáles eran esos factores y el porqué de su relevancia.

Principalmente se afirmó que el éxito de Sabbatella tanto al frente del gobierno del municipio de Morón como en las elecciones de septiembre de 2003 se basó en la confianza otorgada de la ciudadanía hacia un estilo de gobernar antes que en el éxito de políticas programáticas particulares, en las características sociales, ocupacionales o demográficas del electorado o en la tradición electoral. En el nuevo contexto de relaciones entre ciudadanos e instituciones políticas que se abre luego del reinado de los partidos de masas, esta confianza parece ser vital. A pesar que el monopolio de ciertos dirigentes locales tiende a opacar este hecho, y vuelve verosímiles interpretaciones de los resultados electorales basadas principalmente en el voto cautivo, en las condiciones sociales o las prácticas clientelares (y aun reconociendo el impacto parcial de estas variables) incluso en distritos donde gobiernan históricamente intendentes de partidos tradicionales, la confianza y aprobación de la gestión tienen un impacto primordial en la explicación del voto (Moreno del Campo, 2004). El líder político, esa persona que apela a ocupar un espacio simbólico impregnado de responsabilidad por las consecuencias de sus actos, adquiere un peso cada vez mayor; la prerrogativa que asume en el ejercicio del cargo hace de la confianza un valor central a la hora de poner en marcha los mecanismos de sujeción del gobierno a la voluntad popular. Las ideas de Manin parecen reforzar la apuesta de Sabbatella, y Sabbatella parece reforzar las ideas de Manin.

También se intentó demostrar el peso que la dinámica de las campañas políticas tiene en el orden local cuando se estructura una competencia por cargos relevantes entre figuras que emergen, ante los ojos del electorado, como marcadamente distintas. En esas ocasiones, las escisiones electorales pueden superar el peso de las pertenencias sociales y las tradiciones partidarias, sin que esto suponga la desaparición de los partidos políticos, ya que éstos bien pueden cambiar la composición social de sus electorados y su orientación ideológica y seguir existiendo (Gervasoni, 1998). Éste es el núcleo argumental de pensar a la democracia moderna como representativa y liberal antes que como una homología estructural entre sujetos sociales y políticos: escindir y otorgar autonomía al ámbito de los representantes (partidos, gobiernos, dirigentes, gobernantes) del de los representados (sociedad civil, clases, grupos, culturas, etc.).

Por último, al analizar el fenómeno del corte de boleta, se corroboró el impacto que el sistema electoral de elecciones simultáneas para distintos cargos provoca en el comportamiento electoral. Este impacto denota el peso que los partidos siguen teniendo a la hora de “condicionar la conducta política (el voto) de los ciudadanos” (Adrogué y Armesto, 2002) y de construir la imagen de los candidatos, en lo que Adrogué y Armesto llamaron “campos de significación partidaria”. Sin embargo, el caso Sabbatella demuestra que la importancia de los partidos no determina ni la “cautividad” del voto ni la imposibilidad de romper la inercia que provoca la lista sábana horizontal. En un sentido más profundo, lo que no implica es la dependencia unidireccional de los candidatos respecto de los partidos. Sabbatella no sólo ganó con un partido, ganó *especialmente construyendo un partido*. Durante el 2002 no tenía partido, ni dinero, ni demasiadas certezas sobre cuanto resistiría su imagen a las travesías de la crisis, sólo compartía con algunas personas la intención de sostener un proyecto político. Y así construyeron un partido que fue vital en la contienda electoral local, donde la televisión es inaccesible y las herramientas de comunicación sólo comprenden las gráficas callejeras y distintas formas de comunicación por medio del contacto directo. El éxito de la experiencia se debe también al cumplimiento de la expectativa más básica de los ciudadanos hacia los partidos, la de construir un proyecto político y organizar las acciones para defenderlo expresivamente en el espacio público.

La imagen del candidato no necesariamente tiene que ser destructiva respecto al partido; en el caso de Sabbatella y Nuevo Morón, el candidato parece ser el motor para la construcción del partido. Es habitual ver a los liderazgos personales como una amenaza para las democracias representativas en la medida que tienden a motivar sus características “delegativas”. Sin embargo, estas interpretaciones tienden a descuidar que, a la base del problema, se encuentra una crisis de confianza que da lugar a distintos “*indictments*” (Ver Armony y Armony, 2002) hacia el sistema político, tanto a partidos y dirigentes, como a Estado y gobernantes. El origen de los *indictments* no es fácil de rastrear ni está despojado de controversias; sin embargo, otra cosa que se intentó plantear aquí es que en ningún caso llegan a constituir una crisis del carácter representativo de la democracia, antes bien expresan desajustes muy propios de la representación política liberal, entendida como la escisión entre representantes y representados de la actividad política en democracia. Es lo propio de estos sistemas, siguiendo a Manin, la independencia relativa de los gobernantes respecto de los gobernados; y de ninguna manera está asegurado, siguiendo a Rinesi, que en la política como metáfora teatral los actores sean buenos ni que al público le guste la función por el mero hecho de haber adquirido una entrada. En todo caso, el día que se abre otra sala y se agrega alguna nueva obra a la cartelera el público podrá optar por presenciar un espectáculo distinto. Otra cosa es la acción política cuando tanto espectadores como actores actúan y expectan a la vez, sin que un campo esté taxativamente escindido del otro.

¿Cómo se podría superar entonces, la falta de confianza hacia partidos y dirigentes? Una posibilidad es generando confianza (más allá que ésta se origine en un dirigente o un partido). En este sentido, el resultado de las elecciones de 2003 en Morón es por lo menos novedoso al dar cuenta que, incluso en el conurbano bonaerense, la confianza de la ciudadanía puede ser motivo suficiente para superar a los partidos y prácticas políticas tradicionales. Sabbatella y Nuevo Morón podrían ser integrantes del grupo de casos que demuestran cómo este problema puede resolverse no con menos actividad política sino con más y más diversa.

Bibliografía

- Abal Medina, Juan Manuel (h) (1998). “¿Crisis o metamorfosis de la representación política? Reflexiones en torno a la hipótesis de Bernard Manin”, en *Revista Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Adrogué, Gerardo y Melchor Armesto (2002). “Aún con vida”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 40, N° 160.
- Armony, Ariel y Víctor Armony (2002). *Indictments, Myths, and Citizen Mobilization in Argentina*, mimeo.
- Barómetro de Gestión Municipal (2002). Informes de evolución de indicadores, mayo y noviembre, Municipio de Morón.
- Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Buenos Aires, Paidós.
- Downs, Anthony (1957). *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper & Row.
- Eco, Humberto (1995). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona, Colección Fábula, Editorial Lumen.
- Equis (2002-2003). *Estudios de coyuntura sociopolítica*, Partido de Morón, diciembre-agosto.
- Gervasoni, Carlos (1998). “El impacto de las reformas económicas en la coalición electoral justicialista” en *Boletín SAAP*, N° 6, Buenos Aires.
- Habermas, Jürgen (1995). *Historia y crítica de la opinión pública. Investigaciones sobre una categoría de la sociedad burguesa*. Barcelona, Gustavo Gilli.
- Manin, Bernard (1992). “Metamorfosis de la representación”, en M. Dos Santos, *¿Qué queda de la representación?*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Moreno del Campo, Hilario (2004). “Cuando un partido se va”, en *Textos*, N° 5, Buenos Aires.
- O'Donnell, Guillermo (1993). “Delegative Democracy?”, Kellog Institute Working Paper, University of Notre Dame.
- Opinión (2003). *Estudio de opinión pública en el municipio de Morón*, agosto.
- Panebianco, Angelo (1990). *Modelos de partido*, Madrid, Alianza.
- Rinesi, Eduardo (1994). *Ciudades, teatros y balcones*, Buenos Aires, Ediciones Paradiso.
- Rosanvallon, Pierre (1995). *La nueva cuestión social*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.
- Touraine, Alain (1995). “Comunicación política y crisis de representatividad”, en *El nuevo espacio público*, 2° edición, Barcelona, Gedisa.

Palabras clave

Representación - comportamiento electoral - gobierno local - partidos políticos - liderazgo

Key words

Representation - electoral behaviour - local government - political parties - leadership

Abstract

This paper is an attempt to explain Martín Sabbatella's victory in Morón Mayor's elections in September 2003, in relation to the debate about new ways of political representation. Specifically, the evidence of changes in the parties' organizative structures, in the labor sphere and, also, in political communication, turns necessary to abandon the conception of political representation as a structural homology between social and political actors, in order to obtain a better understanding about the centrality of political personalization and citizen trust in leaderships and representatives. From this view, the reasons for the approval of his local administration, the causes of that maintained his intention of vote and the ticket splitting phenomena, or, precisely, the consequences of simultaneous elections in the electoral arrangement in the local level are analyzed. Sabbatella's success could be understood as a piece of evidence on the importance of the role of leaderships in the (re)construction of political parties and, more generically, in the strengthening of the political activity as a mechanism of collective and democratic coordination in the social decision making process.